

CARA Y CRUZ

Por **IGNACIO AGUSTI**

tres años

ESCRIBIR todas las semanas un artículo en un periódico es un ejercicio de regularidad. Cuando uno se pone en camino no puede responder, de antemano, del resultado de la carrera; se echa a andar sin pensar en la longitud del camino. No entiende demasiado la resistencia que le ofrecerá este maratón. Pero el camino es largo; aparentemente, no tiene fin. Apenas si, en el curso de su marcha, nota uno mismo por las oscilaciones de su jadeo la capacidad que posee y los índices de su cansancio. A veces se le hace angustiosa la sensación de no poder parar. Sigue adelante.

Al cabo de un tiempo, el caminante advierte con extrañeza todo lo que ha dejado atrás. ¿Es posible? La pregunta le deja atónito: han pasado ya un año, dos años. Son tres, los años que han pasado. El caminante revisa mentalmente todo el recorrido. Entonces se pone a mirar con espíritu crítico los meandros y las curvaturas de su camino. Tres años sin alterar aparentemente el pulso ni torcer la intención, cruzados con un solo resoplido, son mucho tiempo almacenado. Nos invade un suave sentimiento, que es una especie de contrición. La prosa ha salido puntualmente, como el tic-tac en el reloj: lo que era su sonido era también su tiempo. El pequeño latido del tiempo, medurado de este modo, implica una noción de monotonía y de fatiga. Por lo menos habría que cambiar el ritmo de nuestro paso. El caminante, sin parar, se dispone a alterar el curso de su marcha. Irá en adelante con más lentitud o más aprisa; correrá a unos trechos, en otros, lo tomará con parsimonia. El ejercicio de regularidad no sufrirá con eso. Pero puede uno atesorar sus fuerzas en un momento dado, combinar su paso a las excelencias del camino. No es preciso avanzar con la obsesión misma de la marcha. Se puede entretener o distraer en los recodos, hasta pudiera parar a sorber un poco del agua del manantial, si fuera preciso. La cuestión es mesurar la propia agilidad y acoplarla al curso del sendero.

Esto me ocurre a mí, cuando advierto que ahora se van a cumplir los tres años en que inicié esta sección en TRIUNFO. Hace tres años que eché a andar. A medida que discurre el tiempo y a medida que uno se aleja de su punto de partida va adquiriendo la sensación de que se encuentra acompañado. Uno emprende su marcha en soledad; pero luego, a medida de su trasiego, va adquiriendo la noción, misteriosa y cierta, de que muchos le acompañan. Los lectores de una revista son para el escritor como parientes desconocidos, como un séquito de familiares, con facultad para alentar o para discrepar, pero inexorablemente ciertos al contorno. Y yo pienso: esa turba de fantasmas amigos a los que has hecho una confidencia o con los que, sin saberlo, has tenido una constante comunicación, ¿no estarán también, como tú, deseosos de cambiar la marcha?

En principio, "Cara y Cruz", esta sección, no estaba ideada para cumplir ninguna misión determinada. Pudiera ser una simple pincelada literaria en una revista de actualidad, o la expansión intrascendente de un ser que reflejara las realidades "inactuales" de la vida, que afortunadamente son todavía muchas. El escritor se encuentra a menudo en la perentoriedad de abordar las cuarti-

llas sin un tema preciso, de configuración sólida; en otras ocasiones el tema aparece redondo, contundente, sin una fisura, al alcance inmediato de la pluma. Pero ésta no es una sección pedagógica, ni filosófica, ni siquiera es una "sección", en el sentido etimológico de la palabra. "Cara y Cruz" quería —quisiera— ser un itinerario. En ocasiones, este itinerario ha estado sometido a la fluencia espiritual del hombre y del momento; en otras, ha sido el panorama exterior o los acontecimientos los que han prevalecido. Es esta sensación de itinerario y de camino la que no quisiéramos perder. Y al cruzar el ápice de los tres años nos parece que descubrimos otras llanadas, como si mudáramos, de pronto, la configuración de la comarca. Habrá que abordar los nuevos senderos con un ánimo renovado.

¿Qué es, si no, escribir, sino vestir la vida cotidiana —la vida espiritual y afectiva y también la vida concreta y práctica— con un ropaje de palabras y de ideas que no tengan otra justificación que la que nace de su improvisada urgencia? La vida exterior nos obliga, nos coacciona y aturde con infinitos e incesantes requerimientos. La rueda del tiempo nos ofrece una rítmica mudanza. La naturaleza es distinta en cada estación. Nuestra curiosidad nos liga de la misma forma y con la misma cadencia al espectáculo que ofrece en otoño una dama que, bajo la llovizna y el paraguas, contemple el fulgor de un escaparaté, en una esquina urbana, llenándolo de luces y de sombras, que al gravitar lento y bamboleante de una cometa extasiada en el cielo azul. Lo que ocurre es lo de menos. Lo incesante, lo inagotable es el raudal de gracia y de cultura que nace del espíritu humano capaz de teñir todos estos sucesos de una tinta persuasiva y nueva. Y luego están los libros y los hombres, la historia inexplicable que somos, en el vértice de la cultura y de la civilización.

Escribía un amable lector hace unas semanas en estas mismas páginas, una referencia amable hacia esta sección y hacia su autor con una imagen que, aparte del halago que me produjo, vino a expresar, si no una verdad, una intención que abrigo; comparaba estas prosas semanales con la función que ejerce en las familias el médico de cabecera. Muchas veces esta insigne figura familiar que es el médico de cabecera no nos aplica un remedio especial ni se distingue por las virtudes de su terapéutica; está un rato de visita, nos palpa la frente y mantiene con nosotros un rato de conversación. Pero en esta función aparentemente irrisoria está implícito un raudal de salud. A este remedio doméstico y escasamente científico, se le podría llamar la "buena compañía". Me agradó la imagen, aunque pecara de excesivamente bondadosa y benévola; pero me hizo bien, en el momento en que me disponía a cruzar la linde de los tres años de gestión, cuando ya las piernas no son las de antes y uno siente que el panorama es arduo.

He aquí que, a la mitad del camino, uno se puede permitir el lujo de explicar aquello que hubiera sido aventurado explicar a sus comienzos. Esta crónica tiene excepcionalmente la virtud de un proemio. Es por un instante una pausa; ha consistido en sentarse a la sombra de un árbol, en el camino. Yo las pido disculpas. Pero ha sentido bien este rato de sosiego, en el umbral del cuarto año, para emprender la marcha y hacer botar de nuevo la moneda de cobre reluciente en su cara y en su cruz.